

nombre el cojo Santa-Anna, apodo que me cayó muy en gracia.

»Ofrecí á Téllez cien duros, como gratificación por las molestias que se tomó, y es tan noble el muchacho, que no quería recibirlos; para que los admitiera fué necesario que se lo pidiera yo como un favor y le rogara mucho. Cuando le dije quien era el practicante nombrado, me contestó que le parecía muy bien, que López era muy estudioso, muy dedicado, que no se podía haber elegido mejor, y, en fin, me habló tan bien de los demás, como éstos me hablaron mal de él. ¡Pobre muchacho! yo no le tengo por un perdido, si acaso se habrá extraviado un poco, porque hay en la vida situaciones muy difíciles y pasiones muy fuertes.

»Y después de haberte hablado de tantas cosas, concluyo esta interminable carta, rogándole á Dios te dé cuanta felicidad desees y te convenga, aunque me la quite á mí de la parte que me reserva, y poniendo á tus plantas el corazón de tu esposo que te quiere

»JOAQUÍN RODRÍGUEZ.

»P. D. — Muchos besitos á mis hijitos y sobrinos.»

#### CAPÍTULO IV

As you like it

—Decídase usted, señor Téllez, salga de esa tristeza que le abrumba, de ese abatimiento que le mata; no sea

usted tonto, hombre, haga usted lo que yo, trate á latigazos á esta sociedad miserable; impóngase usted por el temor que cause, por las amenazas que lance. Conque ánimo y resuélvase á escribir en mi periódico.

—Lo pensaré.

—Nada tiene usted que pensar, está usted en la miseria, sin camino que seguir; la condenada suerte le ha cogido á usted en una ratonera; los estudios, demasiado abandonados los tiene usted, se necesita que, á todo trance, haga un esfuerzo y se levante de sus propias ruinas. Para persuadirle á obrar así no *haré argumentos* de sensibilidad, no es mi fuerte ni mi gusto; tengo sobre el mundo y la sociedad mis opiniones invariables, si me intereso por usted, no es porque me importe un comino que usted perezca ó se salve, sino porque me puede ser útil. Usted tiene talento, estilo vigoroso y vivo, y como ha recibido usted muchos golpes, ha de escribir de un modo que arda, que duela, que levante ampollas, que saque sangre. Usted ha de levantar mi periódico, yo he dado ya muchos palos y se me ha cansado el brazo. Usted vendrá de refuerzo. ¡Mozo! —repíte;—coñac al señor y ginebra para mí.

—Mucho siento que no podamos estar conformes, yo tengo altísima idea de la misión del escritor, las ideas han de guiar su pluma, en ellas se ha de inspirar haciendo abstracción de las personas.

Este diálogo tenía lugar en un gabinetito del café de la Bella Unión. Los que hablaban eran Pacotillas y un personaje flaco, moreno, de pequeña estatura, de larga y afilada nariz, de facciones llenas de malicia y sarcasmo.

Usaba lentes y se los quitaba á ratos para limpiarlos, cubríale el labio superior un bigote ralo, de largas y acicaladas puntas; una piocha esmeradamente peinada colgaba de su barba y oscilaba cadenciosamente cuando el personaje hablaba. Serían las nueve de la noche, los dos amigos apoyaban los codos en una mesa redonda que había en el centro del pequeño gabinete, estaban sentados en divanes forrados de terciopelo oscuro, la llama del gas proyectaba sobre sus cabezas vivos destellos.

Oíanse las ruidosas carcajadas que lanzaban dos gachupines y cuatro mujeres de mal vivir que cenaban alegremente en el gabinete contiguo; á la par que las carcajadas oíase el retintín particular de platos y cubiertos, la sorda detonación de botellas que se destapan, una que otra palabra soez y el chasquido de besos cínicos.

El mozo trajo las copas que el interlocutor de Pacotillas había pedido, las colocó delante de ellos y se retiró, cerrando al salir la puerta del gabinetito. Gregorio Hernández, que así se llamaba el que obsequiaba á Pacotillas, tomó un trago de ginebra, encendió un cigarro, y, después de reír á carcajadas, dijo así:

—Me encanta el candor de usted; ¿con que las ideas, inspirarse en ellas, respetar á las personas? ¿Con que la misión del escritor? ¡Hombre, de veras merece usted morir de hambre! ¿Y quién ha de tener el mal gusto de leer las luminosas lucubraciones de usted y sus polémicas desinteresadas y sus trascendentales disertaciones? ¿Y en México, hombre? No sea usted niño, aquí las gentes gustan del escándalo, de la calumnia, de la diatriba. Anuncie usted un periódico prometiendo no dejar titere con

cabeza, desnudar al mundo entero y azotarlo en pleno zócalo; hable usted de las rapiñas de A., de la inmunda glotonería de B., de la asquerosa lujuria de C., y verá usted cómo tiene lectores de sobra, y verá usted cómo le pagan á peso de oro lo que escriba y hasta lo que no escriba, ¡vaya! pues cualquiera que tenga sus trapicheos, procurará pagar á cualquier precio el silencio de usted; desengañese, amiguito, las gentes nacieron para el mal y cuando no tienen el placer de hacerlo, quieren tener, por lo menos, el gusto de pensar en él ó de oír hablar de él.

No crea usted que exagero. Fijese, y en todo encontrará comprobadas mis opiniones. ¿Se trata de conversación? Pues póngase usted á platicar de las virtudes de fulano y nadie lo creerá y todos se aburrirán; pero cuente usted que la señorita H. cometió un desliz, ó seis ó diez; que la señora R. engaña á su marido; que fulano roba, que el otro estafa, y verá usted con qué curiosidad le oyen, con qué placer le escuchan, con qué avidez beben sus palabras y cómo demuestran en todo la satisfacción que les causa la maledicencia.

Y aquí el cínico detractor de la sociedad suspendió su animada charla, para tomar otro trago del inflamado líquido que henchía su copa. Paco bebió silenciosamente; se sentía mal, aquella conversación le hacía daño, y, sin embargo, picaba su curiosidad, causando en su noble espíritu una impresión parecida á la que sentiría una virgen que de súbito viera inesperadas desnudeces. La tenacidad con que le había perseguido la mala suerte, las malas partidas que las gentes le habían jugado, la escan-

dalosa prosperidad del Chango, por tan viles medios alcanzada, engendraban en su espíritu un pesimismo siniestro, que le inclinaba á las negaciones y á las dudas. Malas debían de ser las gentes, puesto que el mal era visto con tanto interés.

Los cien duros con que la longanimidad de don Joaquín recompensó las atenciones y buenos oficios de Pacotillas, le vinieron á éste como de molde; pero no fueron más que una tregua de la miseria, que después se presentaría más iracunda que antes. Habían pasado tres meses de aquel inesperado auxilio. Afortunadamente, don Joaquín no había quedado satisfecho con darle aquel dinero, y, á título de regalo, acababa de mandarle un reloj de oro con su correspondiente leontina y un billete de banco de veinte pesos, que, la noche de que hablamos, llevaba Pacotillas en la faltriquera.

—Pues sí, joven amigo mío,—dijo Hernández, después de vaciar la copa y conceder á su bulliciosa y envenenada lengua un momento de descanso.—Limpíese usted la leche de los labios, deseche infantiles candores, y óigame, que le voy á contar mi historia; pero antes acabe su copa y que se la vuelvan á llenar.

Golpeó con el canto de un duro el cristalino y sonoro costado de una copa grande, el mozo se presentó apresuradamente, y recibió orden de repetir la dosis. La palabra de Hernández se hacía balbuciente, se acentuaba más la mordacidad de su frase, y la malicia de sus facciones tomaba proporciones verdaderamente diabólicas.

—Vine á México el año de 1874, era un muchacho de diez y seis años con la cabeza llena de tonterías; creía en

todo, no había conseja natural ó sobrenatural que no me cupiese en el magín; creía en los duendes, creía en los ángeles, creía en cuanto hay; en las novias, en los amigos, en el amor, en el desinterés, en el sacrificio y en mil majaderías semejantes; ¡vaya! mi credulidad llegaba hasta admitir que las flores tienen alma, que sus perfumes son apasionados suspiros, sus colores púricos sonrojos; creía que las estrellas eran los ojitos de los bienaventurados, que desde el cielo nos dirigen miradas paternales; creía en el diablo y le tenía un miedo atroz; pero como también creía en el ángel custodio, me tranquilizaba, pensando que mi guardián no me perdería de vista, ni dejaría que el enemigo malo hiciera conmigo una de las suyas.

Entré á la Preparatoria á hacer carrera, gozando de una beca; ingresé á la cátedra de matemáticas. Yo siempre he sido muy poco matemático, los números sólo me gustan cuando se cifran en pesos duros; más que los guarismos de la aritmética, las literales del álgebra y las figuras de la geometría, me gustaban las muchachas, la música, la charla de los amigos, sobre todo cuando la anima uno que otro sorbo (y aquí tomó uno de su nueva copa); resueltamente, la geometría no me entraba; en materia de líneas curvas, me gustaban mucho más que las pintadas en mi libro, las animadas, vivas, simétricas, é incomparables, que forman dos cejas en el guapo rostro de una chica de quince años.

Con tales gustos, amiguito, que no fueron del gusto de mis sinodales, salí reprobado por unanimidad ó por una nimiedad, como dije yo para mi colete, cuando me

comunicaron la infausta nueva. Perdí la beca, mi padre se atufó mucho, y me escribió, diciéndome que era yo un perdido, que no me le presentara delante y que viera cómo salía yo del paso.

Desde entonces era yo murmurador y maligno, me gustaba escribir biografías burlescas de mis profesores, las cuales hacían morir de risa á mis compañeros y de rabia á los aludidos; mas esto no hace al caso. Cuando me ví despojado de la beca, fui á ver á don Gabino, era un alma de cántaro el pobrecito, le lloré, le ofrecí enmendarme y me prometió dejarme la beca. Pero ahí tiene usted, mi amigo, que un día se nos ocurrió á varios perdidos hacerle una travesura á un compañero; travesura muy inocente, se lo aseguro á usted; sólo se trataba de darle un susto, escondiéndole un reloj que cuidaba como un ojo de la cara; mas se asustó tanto aquel mandria, que fué á pedir *la de arriba*, quejándose de que lo habían robado, y no sé cómo diablos sucedió que el reloj se encontró en mi poder; el loco se puso furioso, pues era inexorable en estos casos, y me echó á la calle; le pedí perdón, le lloré; no revocó la sentencia, pero se conmovió mucho y me dió un puñado de pesos. ¡Oh! tenía muy buen corazón ese don Gabino.

El que hablaba se interrumpió para tomar un trago de ginebra, le vino un acceso de tos, cuando le pasó siguió charlando. Paco bebió también.

—Conseguí entrar al Colegio Militar, y aquí me tiene usted con mi képi, mis botones dorados, charolado cinturón y reluciente sable; estaba yo monísimo, parecía un Miramón de diez y ocho años. ¡Pero aquellas matemáti-

cas, amigo, y aquellas muchachas, fueron siempre mi perdición! Las primeras porque no me entraban, y las otras porque no me salían. Se acabó el año, llegaron los exámenes, y, cataplum, fui reprobado, perdí mi plaza, y, *adiós ensueños de futura gloria*, adiós esperanzas de ser un gran capitán, muy bueno para hacer cuentas, y de llegar á filo de sable hasta la presidencia de la república; y adiós mi bonito képi, mis botones dorados, charolado cinto y relumbroso sable.

Tuve todavía maña para conseguir entrar á la Escuela de Agricultura; pero ¡ay! amigo, ya sabe usted, aquellas matemáticas, siempre tan feas, y aquellas muchachas siempre tan bonitas; salí de Agricultura como de todas partes. Pero no crea usted que hubiera perdido el tiempo, había aprendido muchas cosas, había adquirido mucha experiencia y ya no creía en zarandajas. Había leído muchas novelas que me enseñaron lo mucho que sé de historia, y aunque mi erudición era de pacotilla... Perdone usted,—dijo cambiando de tono,—no lo dije por aplicarle el mote.

—No tenga usted cuidado,—dijo Paco.

—Pues sí, por las novelas supe que Enrique IV fué un rey muy popular, muy valiente, muy enamorado, que primero fué hugonote; que Luis XIII fué una nulidad y una poderosa impotencia; que Luis XIV, á quien llamaron el gran rey, fué muy ostentoso, muy enamorado y se pasaba en Versalles una vida, que ya...; que Luis XV fué un disoluto, Luis XVI un mandria á quien cortaron la cabeza como si fuera un borrego. Ya ve usted, casi toda la historia de Francia; pues igualmente sabía la de

España, la de Inglaterra y demás nacioncillas civilizadas.

Mi experiencia de la vida era inmensa. Sabía que las mujeres empiezan por decir que no y acaban por decir que sí, y hacerlo; que los hombres no obran más que por interés ó por miedo; que los viejos son egoístas, maliciosos y disolutos; y que los jóvenes, mientras más talento tienen, más tontos son. Me encontraba, pues, á los diez y nueve años sin oficio ni beneficio; mi padre se había ido al otro barrio, sin dejarme un hediondo centavo; mis propiedades se reducían á un estómago que reclamaba su lastre dos veces al día, por lo menos; á un cuerpo, que, justamente porque es muy feo, tengo que cubrirlo; á una imaginación soñadora, pero que, para apacentarse, pide algo más que ensueños y visiones de poeta flaco. Ya se hará usted cargo de la escasa renta que mis propiedades me producirían.

¡Qué diablos! dije yo entonces, pues me meto á escritor; y ahí tiene usted que me puse á componer un libro de aventuras escandalosas, de cuentos del más subido color, en que figuraban personajes hijos de mi propio cacumen; pero á la gente se le antojó que mis héroes eran de carne y hueso, y no puede usted figurarse lo que tal creencia estimuló el apetito de los compradores; hice un tiro de cinco mil ejemplares, la edición voló, y, aunque el ladrón del editor se cogió mucho, todavía pude recibir dos mil duros contantes y sonantes.

Aquello me pareció un sueño; ya tengo carrera, me dije, y muy cómoda, muy agradable, muy fácil de hacer, como que la he hecho sin sentir. Si hubiese sido médico, Dios sabe cuánto hubiera tardado en ganar dos mil pesos, tal

vez en toda mi vida los hubiera visto juntos. No le diré á usted que mi profesión careciera de inconvenientes. No, algunos idiotas se atufaron, poniéndose el saco; recibí tres tarjetas de desafío, de las que me reí; cinco palizas en promesa, de las que me reí más; dos palizas en efectivo, de las que no me reí, y que me levantaron algunos chichones. Balance general, amigo mío, dos palizas y dos mil duros, sale á mil pesos cada una; conquese, si así me las pagan que me las peguen.

En fin, que me gustó el oficio, publiqué otro libro licencioso: ganancia, tres mil duros; pérdida, tres palizas; en fin, para no cansar á usted, he seguido esa carrera, y, á pesar de los argumentos contundentes, cuyo peso suelo sentir, no me quejo, porque recojo dinero en abundancia; si una que otra vez hay cardenales en mi pellejo, en cambio hay siempre plata en mi bolsillo, y no es cosa de milagro ni de alquimia que también haya oro.

Y no crea usted que sólo coseche el vil metal, como le llaman los que no lo tienen, gozo también de influencia y hago mis negocios. ¡Oh! si viera usted qué miedo me tienen los ministros, diputados, senadores y demás gente-cilla archiordinaria. Cuando estoy apurado voy á ver a ministro R., y apenas me atisba, dice: ¡Ah! Gregorito, ¿qué le trae por acá? cuidado con darme un idem. Bueno, le digo yo, ¿qué quiere? ruido ó silencio, que hable ó que calle. No, hombre, contesta, cálese por Dios, dice usted muchas indecencias; y entonces replico: Pues acuérdesese del proverbio chino, me lo apropio, y digo: Si mi palabra vale plata, mi silencio vale oro; y en el acto se me brinda la dorada mosca, ¡ja! ¡ja! ¡qué estúpida es la gente! ¡qué